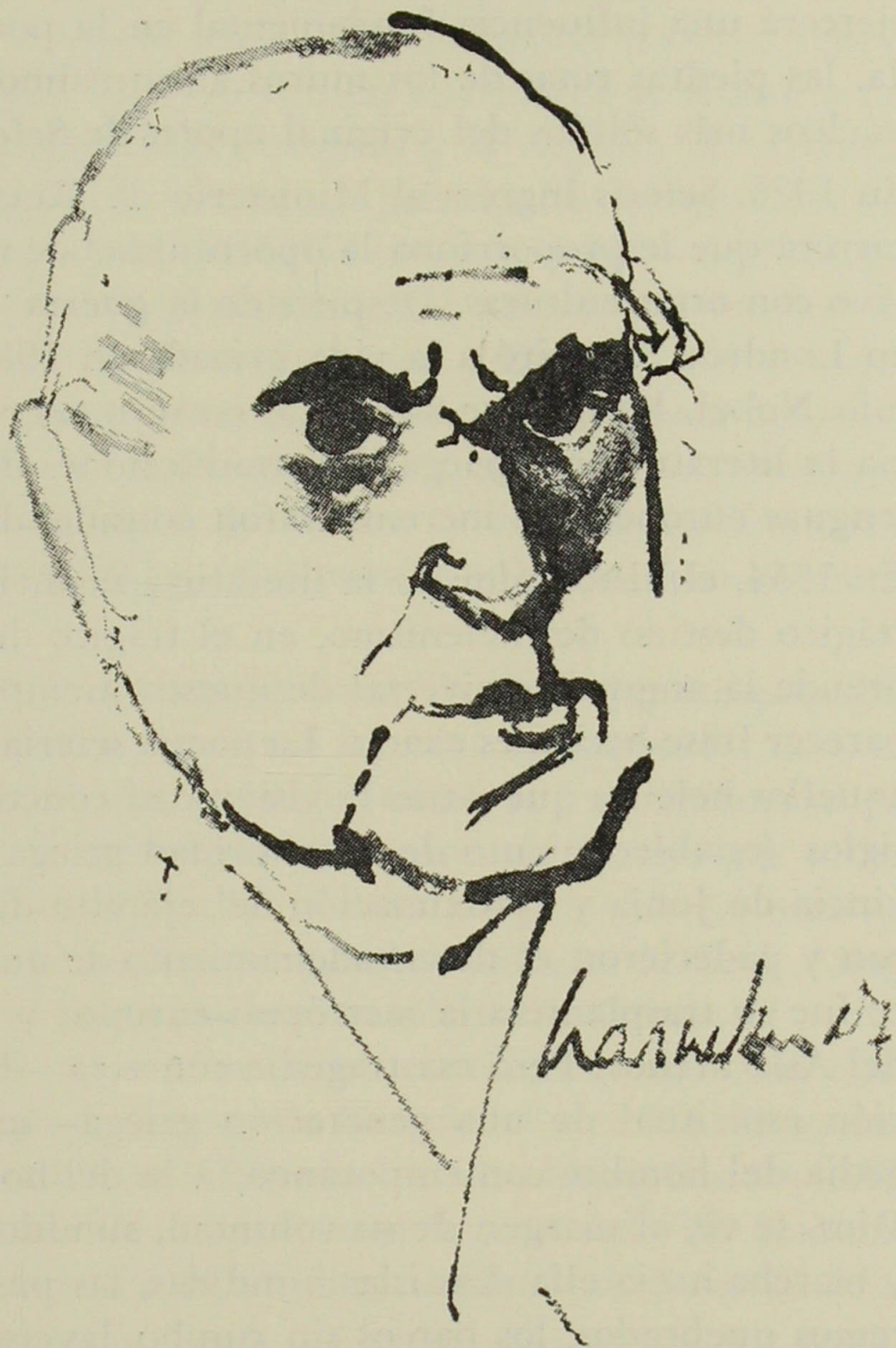


TRIPTICO NEOGRIEGO

YORGOS SEFERIS, EL ULTIMO POETA DE LA JONIA
HELENICA

por el prof. MIGUEL CASTILLO D.



Yorgos Seferis (apunte de Sergio Harnecker)

Nació Seferis en Esmirna cuando ésta era todavía uno de los centros culturales del neohelenismo y una de las dos metrópolis griegas en Turquía. En efecto, contaba con más de 350 mil habitantes y constituía la capital espiritual de cerca de un millón de griegos de las ciudades y aldeas del Asia Menor. Seferis vio transcurrir su niñez en la tierra jonia, que abandonó a los catorce años para proseguir estudios secundarios y superiores en Atenas. Allí se graduaría en Derecho en 1924. Pero el estudiante no podría volver más a su tierra patria. En 1922, se produjo la

catástrofe militar griega que terminó con la "Gran Idea". No sólo murió la ilusión de un Bizancio reconstruido, sino que, además, un número superior al millón y medio de griegos debió abandonar para siempre sus aldeas y solares milenarios. Seferis vivió, estando en Grecia, la tragedia de la pérdida definitiva del terruño paterno y del arribar desesperado y caótico de cientos de miles de compatriotas, que trían sus dialectos arcaicos, sus cantos, sus costumbres y su tristeza. Este drama ejercerá una influencia fundamental en la poesía seferiana. La patria desaparecida, las piedras rotas de los muros antiquísimos, constituirán, quizá, uno de los núcleos más sólidos del original aporte de Seferis a las letras neohelénicas.

En 1926, Seferis ingresa al Ministerio de Relaciones Exteriores y comienza una carrera que le proporciona la oportunidad de viajar extensamente y tomar contacto vivo con otras culturas. Después de la guerra fue embajador en Ankara y luego en Londres. Se retiró a la vida privada en 1962. Al año siguiente recibió el Premio Nobel, hecho que significó, entre otras cosas, llamar la atención mundial hacia la literatura neogriega. Las traducciones del poeta, que ya existían en diversas lenguas europeas, se incrementaron considerablemente.

En 1954, el historiador de la literatura neohelénica, K. Dimarás, señalaba: "En el trágico destino del helenismo, en el trágico destino de su generación, Seferis comprende la angustia universal de nuestro tiempo"¹. Esta consideración, que pudiera parecer frase hecha, es exacta. La poesía seferiana es inseparable del trágico sino de aquellos helenos que —tras la visión casi concreta de una "liberación" ansiada por siglos (establecimiento de la autoridad griega en Esmirna, proclamación de la provincia de Jonia y aproximación del ejército de Grecia a Constantinopla) — sintieron y padecieron el desencadenamiento de una tempestad de sangre, cuyo desenlace fue su trasplante a la metrópoli europea y la desaparición de las comunidades del Asia Menor. Pero esa tragedia concreta —básica como elemento de conformación espiritual de una generación griega— se asocia en la poesía seferiana a la tragedia del hombre contemporáneo; a la del hombre que, sin el asidero del mito de Dios, se ve, al margen de su voluntad, sumido en un mundo que viene de la nada y marcha hacia ella. Las islas hundidas, las piedras rotas, los muros destruidos, los remos quebrados, los barcos sin rumbo, las cisternas abandonadas y silenciosas, son símbolos de doble y triple alusión: es la Jonia perdida, es la vida perdida, es el tiempo y el amor que pasan sin retorno. "Vaga el poeta por el mundo antiguo muerto; levanta y remueve las piedras; alerta el oído para escuchar alguna remota voz, para coger algún antiguo latido, para hallar alguna vieja vena tibia que palpita aún con su arcaico ritmo". Quizá uno de los escasos símbolos de permanencia sean las estatuas: serenas, con una sonrisa velada, vienen desde la eternidad y con seguridad se encaminan de nuevo hacia ella. Mutiladas, conservan su unidad y su ser en un mundo en que todo se disuelve y se disgrega.

El pesimismo seferiano encuentra motivos excelentes en la naturaleza griega, como en "Santorini", la antigua Thera sepultada por los cataclismos; y en los temas trágicos de la mitología, como el de Agamenón, Egisto y Orestes, en "Recuerda el baño en que te asesinaron" y "Micenas"; o el de Edipo y Antígona, en "La luz" del "Zorzal".

¿Cómo podemos ubicar a Seferis en la poesía griega moderna? Es sabido —y se repitió con ocasión del Premio Nobel— que se considera a Seferis el máximo representante de la llamada Generación del 30. Pero si bien ella marca la apertura de la poesía neohelénica a las modernas tendencias europeas y la ruptura de la tradición palamánica, el contenido de la producción de sus principales figuras no es en absoluto homogéneo. Esta "poesía moderna" de la Generación del 30 —que recoge influencias variadas, del futurismo ruso de Maiakoski, del italiano de Marinetti, del arte de Eliot, del surrealismo francés de Breton, Aragon y Eluard— tiene representantes que siguen un camino de mayor abstracción y de subjetivismo hermético, frente a la preocupación social de otros. En ambos grupos, se dan sí, en mayor o menor grado, los rasgos comunes de ruptura del metro y formas tradicionales, de predominio de la expresión espontánea y del elemento subconsciente sobre la ilación lógica.

Seferis pertenece al primer grupo, aunque sea necesario destacar que sus procedimientos son medidos². Aprecia el valor del ritmo interior del verso. Su tono es contenido y algo cerebral. La abstracción y el subjetivismo se han moderado en los últimos años, al paso que la preocupación por el destino de los griegos se ha vertido en formas más claras y sencillas. La influencia extranjera más notoria no es en él la de los franceses, sino la de Ezra Pound y, sobre todo, la de T. S. Eliot. Thrakiotis llega incluso a decir que el poeta jonio "trasplantó a Grecia al clima eliótico del País Desierto"³. Philip Sherrard dedicó un estudio especial a la relación entre los poetas: "La poesía de T. S. Eliot y de G. Seferis" en 1951. Poco después, insiste en algunas ideas allí expuestas en "The marble threshing floor" (1957, estudios sobre seis poetas neohelénicos). El mismo tema han tratado T. Malanos en "Kavafis-Eliot" (Atenas, s. f.) y J. Keeley en "Eliot y la poesía de Seferis" (Tesalónica 1960)⁴.

La obra seferiana no es muy extensa. Se contiene en una serie de volúmenes pequeños. *Retorno* (1931) y *La cisterna* (1932), aunque en cierta medida se mantienen dentro de la tradición palamánica, muestran al autor como un renovador. Ya respecto del primer volumen, Palamás señaló también cierta tendencia al hermetismo. *Novela* (*Mythistorima* 1935) y *Gymnopedia* (1936) marcan ya la personalidad propia del poeta. La segunda colección coincide con su primer estudio sobre Eliot. Posteriormente se suceden: *Poemas* (1940), *Cuaderno de ejercicios* (1940), *Diario de a bordo I* (1940), *Diario de a bordo II* (1945), *Zorzal* (1947),